UNA AUTOBIOGRAFIA A VUELO DE PAJARA

POR

ALBALUCIA ANGEL

No nací escritora; obvio. Y lo digo porque hay cantidad de gente que «nacen» escritores. A los dos años, como me contó Luisa Mercedes Levinson, por ejemplo, escriben piezas de teatro, ella un ejemplo; eso se da, como en los precoces genios de la música. O sea, nada más fácil que ser genio, creo yo, y nada más difícil que intentar lograrlo.

Y mi historia comienza aquí. Repito: no había trazas en las estrellas de mi carrera de escritora, aunque sí comencé a leer precozmente, gracias a mi abuela Adelfa. La increíble abuela Adelfa. Necesitaría otra autobiografía para hablar nada más que de mi abuela Adelfa y su influencia radical, digamos, sobre mi futuro. El de escribiente.

Mi abuela Adelfa me hacía leer en su breviario enorme, empastado en cuero, las historias del Antiguo Testamento y los Evangelios, simplemente porque estaba curiosísima y quería saber qué tanto era que yo había aprendido a leer, pues resulté un día *leyendo*, sin más. Tenía seis años y me había dado sarampión, y una amiga de la abuela me regaló unos conos con letras, y no paré de preguntar y ésta cuál es, y ésta qué quiere decir, y cuando terminó el sarampión ya leía...! Y pues entonces comencé a leerle a la abuela los pasajes bíblicos, como decía antes, y ella me regalaba diez centavos cada vez. Divina abuela. Sin en qué caerse muerta, regalándome diez centavos cada vez que yo leía...

Un día Adelfa apareció con una edición de *Las mil y una noches*, de letra apretadita, apretadita, de esas que tienen dos columnas en cada página, como con setecientas páginas. Y ése fue el regalo de siete años, creo. Y yo me la leí, de cabo a rabo, absolutamente hipnotizada. Encandilada con las historias de la famosa contadora de cuentos, y creo que ahí empezó el verdadero sarampión. No paré desde entonces. Leer y leer, contra la voluntad de mi madre, que me decía que los ojos se me iban a poner

horribles de feos, se me iban a caer las pestañas, se me iban a irritar y tendría que ser gafufa. ¡Qué horror, una niña con gafas!, ¡qué cosa tan horrible...! Y me importó un cuesco. Mientras comía zanahorias, porque mi otra abuela, la sabia, la Virgo, me decía: «para los ojos, mija, ¡zanahoria...!». Y yo cual conejo, y con linterna debajo de las cobijas, lee que lee.

El resultado de la lectura de *Las mil y una noches* tuvo doble filo. Sin intención de por medio de la abuela; obvio. Ella, sin saberlo, me regaló la versión para *adultos*, y yo, sin tener ni idea, entré de sopetón en ese paradisiaco universo que los orientales se han fabricado siempre con todas esas alfombras voladoras y cuevas de ladrones y lámparas con genios dentro, algo así como la magia desafiadora y elemental que los occidentales no tenemos, o no usamos, o no desarrollamos sino en rarísimas ocasiones, y entonces comenzó, digo, esa doble cara de la moneda. Mi fantasía se desdobló cual cometa y se echó a volar en las regiones más transparentes del aire, como diría Carlos Fuentes.

Pensándolo bien, sí fui precoz escritora. Creo que me pasaba horas muertas (decía mi madre, pues para mí eran las más vivas de mi existencia) leyendo en mi hamaca, en la finca, y construyendo yo también, o más bien rehaciendo *El pirata Morgan*, o *Tarzán de los monos*, o *Rocambole*, o *Mujercitas*... Pero jamás agarré un papel y un lápiz, como Luisa Mercedes Levinson, y comencé a hacer el cuento. Ella no sólo hacía sus obras de teatro, sino que las *representaba*, a los dos años. Y yo le creo. ¡Luisa Mercedes Levinson puede hacer *cualquier* cosa...!

Decíamos, pues, que fui precoz escritora sin serlo *de facto*.

Y vamos a dar un salto en el vacío, pues los años de la niñez y los juveniles fueron largos, oscuros, encandilantes, tan llenos de sorpresas y descubrimientos desagradables como los de muchas niñas nacidas en pueblos de América Latina, como yo. Tuve una yegua que adoraba, en la que cumplí todas, o casi todas, las aventuras posibles. Esas que uno se sueña cuando ve las películas de vaqueros.

Mi infancia fue generosa. Rica. Plena de posibilidades y pruebas de fuego. Eso que hace que luego, cuando se es adulto, te haga reír a las carcajadas, morirte de ternura, de rabia, de impotencia, de reconocimiento.

Y creo que ésa es la envidia primera de mi escritura: mi infancia.

De allí saqué filones y filones, que, sin exagerar, diría que considero piedras invaluables, preciosísimas. De la adolescencia comprendí esa carga sobrehumana que esos pequeños seres ya convertidos en mujeres o en hombres llevan en sus espaldas fuertes y ligeras. Esa potencia que tiene el *alma juvenil* para descubrir, desenterrar, apreciar, resentir, olvidar, construir o destruir, todo en un plumazo. Todo como en aluvión de fuerzas in-

vocadas por el espíritu, que entonces vuela, flota alrededor y te penetra, pues eres joven, intoxicado. Y si sabes volar, o te gusta volar, entonces esa marca te quedará prendida y no habrá manera de salirte de sus hermosos signos y misteriosos esquemas que te traza el resto de tu vida.

Yo creo que fue en la adolescencia que yo aprendí lo que significa SER. Jamás tuve un sentimiento más intenso, mirando el mundo desde mi pueblo, desde mi jaulita de oro, desde mi hamaca en la finca de las tardes de lluvia, desde mi interior de precoz andariega de la Tierra. Y son cabalísticas estas palabras, y mejor las dejamos ahí. Me gustan los secretos.

Cuando hice mi primer cuento tenía veinte años. Y fue un parto doloroso, lo recuerdo como si fuera hoy. Describía en él *todo*, como me diría Eduardo Caballero Calderón. Pero ese *todo* no lo veía sino yo y una de las personas involucradas, que lloró tres días cuando se lo mostré, y no entendí por qué. ¡Porque yo *no* le había dado las dos últimas páginas, que eran las peores! Cuento que sigue inédito, y que sigue funcionando en el espacio de mis palabras y en la estructura de todas mis páginas, como esencia del dolor, del descubrimiento, del nacimiento a la vida del amor. De la búsqueda. De las preguntas sin respuesta.

Nadie supo de mis cuentos entonces. O casi nadie. Y así, sin pensarlo yo misma, me lancé a los cuatro vientos del Planeta, con mi guitarra al hombro, cantando mis rancheras, viendo museos y catedrales y bienales de pintura y más museos y más catedrales y yendo a la universidad en París y en Roma y donde anduviera en ese momento, porque yo iba a ser *crítica de arte*, como mi adorada profesora Marta Traba, que me metió ese virus hasta el tuétano, y sin más preocupaciones: fuera de las de sobrevivencia, obvio, pero ésas no son difíciles cuando tienes veinte años y treinta y eso. Uno trabaja en todo. Y duerme en cualquier parte.

Y decía que, sin pensarlo yo misma, me lancé, porque lo que yo andaba haciendo, en realidad, ahora lo sé, seguro que lo sé, era registrando todo, como una cámara de video. ¡TO-DO! Con el alma de escritora más tenaz que se pueda uno imaginar, porque no se me olvidó una sola línea, un solo paisaje, uno solo de los caminos culebreros. Tuve que aprender entonces, cuando comencé a describir todo eso, como una catarata (o como me escribía alguien, *como una corriente amazónica*), que los filtros son el dolor mismo, la alegría misma, la ternura y el rechazo encarnados. Que de todo eso que uno sintió y vio y caminó ocultándose a sí misma la intensidad en el momento, para develarla luego, en esa intimidad feroz que es la página escrita, en esa levisima y profunda corriente sanguínea que es cada palabra puesta en el papel: en esa terrible consunción y rehabilitación y deshonor, a veces, en que te deja su vacío, cuando ya lo dijiste.

Fui escritora, sin remedio. Con mi guitarra auestas, con mi alma prendida a cada uno de los paisajes y a cada uno de los idiomas y de las gentes que iba conociendo, y con la Fe de la Vida.

Tampoco le dije a mucha gente que escribía, cuando hice mi primera novela. Me preguntaban: ¿A qué te dedicas...? Yo empalidecía, enrojecía, balbuceaba o simplemente, con una desfachatez a prueba de bala, respondía que *iba* a ser escritora... Por el momento estudiaba arte, o cantaba, o vendía en una *boutique*, o dormía en una banca del Sacré Coeur de París, o me entrenaba mentalmente para un peregrinaje a cualquier tierra.

Nunca me gustó ser de un sitio. O sea, decir yo soy de aquí, y qué maravilla y aquí nací y aquí me voy a morir, qué emoción, después de mi tierra el cielo y cosas así. Me ha parecido la cosa más obsoleta y ramplona y falta de imaginación del mundo. ¡A mí me gusta ser *del mundo entero*...!

Y por eso titulo mi autobiografía «A vuelo de pájara». Porque también, entre otras cosas, la escritura de mi novela *Estaba la pájara pintada en el verde limón* me ha valido el mote de ídem. Y también me gusta. Aparte de los motes de *desvirolada* (loca rematada), pornográfica, obscena, polémica, controvertida, estrambótica, extravagante y demás, con los que he sido renombradísima, bautizadísima, reconocidísima. Eso no me ofusca en lo más mínimo. Algo habrá dentro de esa cabeza de chorlito (como diría una argentina amiga mía) que lo hizo pensar (y digo *lo* hizo porque esos motes vienen del periodista masculino en mi país) que más valía endilgarme de una vez esos adjetivos antes de que yo fuera a agarrar fuerza y mi Dios los tuviera confesados, como diría mi tan amadísima abuela Adelfa.

Y creo que para autobiografía todo queda claro. Pienso. Lo demás son gajes del oficio.

Londres, 8 de enero de 1985.